

EL

JARDÍN

PEPA FRAILE



El jardín

Pepa Fraile

Copyright © 2017 Pepa Fraile

Todos los derechos reservados

ISBN:

ISBN-13:

A los soñadores.
A los que pueden convertir sus deseos en realidad.

.

Otoño de 2016

—¿Entonces, cuento con ello? —preguntó Susana aguantando la respiración como cuando era niña y, antes de cerrar los ojos y pedir un deseo, soplaba frente a las velas de cumpleaños.

—No quiero comprometerme. Ya sabes que no me gusta hacerlo si no estoy seguro de poder acudir —contestó Iñaki sabiendo que sus palabras no eran exactamente lo que ella quería escuchar—, de todas formas te prometo que haré lo posible. Y también sabes que lo hago por ti. Desde que... bueno, desde hace algún tiempo procuro evitar algunas reuniones. Prefiero no aguarle la fiesta a nadie.

—No valen las excusas. Todavía faltan dos semanas para el encuentro. Y Severo nos ha asegurado que el mar estará en calma. Puede ser muy divertido, y para una vez que se presta a dejarnos el barco... anda, piénsatelo.

—Está bien, así lo haré —dijo más bien para terminar una conversación que lo estaba violentando.

Se conocían desde hacía más de media vida; más incluso. La pandilla sumaba muchos momentos felices desde la niñez, y a lo largo de los años habían conseguido afianzar una amistad sólida y verdadera, aunque las circunstancias de la vida los hubiera separado en algunas ocasiones. A pesar de todo, casi siempre lograban hacer un hueco para encontrarse.

Brenda, la mujer de Iñaki, había sido la última en llegar. Su personalidad era arrolladora y, además de inteligente, era bellísima, algo que había levantado algunas sutiles y casi imperceptibles suspicacias entre las chicas, aunque no quisieran reconocerlo. Brenda lo tenía todo, incluso a uno

de los chicos más atractivos del grupo. Él se había resistido a lo que llamaba «ataduras» hasta que, en unas jornadas internacionales de traductores e intérpretes, topó con ella. Y no en sentido figurado, no. El tropiezo con uno de los cables que había quedado mal instalado en el pasillo central de la sala, donde se celebraba el taller al que ambos se habían inscrito, lo catapultó hasta el asiento de ella, cayendo encima, y casi terminan ambos en el suelo. La mejor manera de causar la peor primera impresión —comentaban entre risas— y, aún así, aquel fortuito e incómodo episodio había sido el principio del flechazo que nunca imaginaron que fuera a suceder, al menos Iñaki. Era algo que recordaban de tanto en tanto, entre anécdotas cómplices compartidas con los demás.

Todas y cada una de sus frases, acompañadas de miradas cargadas del fuego de los enamorados, no dejaban lugar a las dudas: se amaban, y su enamoramiento había trascendido los kilómetros de distancia que los separaba. Tras unos años en los que la relación tuvo que alimentarse de encuentros precipitados, en los que los besos arrebatados corrían una carrera contra el reloj, por fin pudieron materializar su mayor deseo: la petición de traslado de Brenda al consulado canadiense ubicado en Barcelona había sido aceptada. La convivencia llegó enseguida y los planes de futuro también.

Tenían la historia de amor más bonita y disfrutaban de todo lo que habían soñado. Sin embargo, el inexorable destino cayó sobre ellos el día en el que a Brenda le fue diagnosticado un cáncer fulminante que se la llevó en pocos meses. La desesperación de Iñaki y la rabia creciente que sentía por el mundo entero lo confinó a un estado de aislamiento, hasta el punto de no querer saber nada de nadie durante muchos meses. Dejó el trabajo, dejó la ciudad, el país y hasta el continente, para refugiarse en su dolor lejos de cualquier cosa que le recordara a ella.

Tras algo más de un año, en el que sus amigos de siempre habían perdido toda la esperanza de recuperarlo, un día llamó a Susana, de repente, saludándola como si nunca hubiera desaparecido. Ella, envuelta en su tranquila rutina de bibliotecaria y volcada en algunas actividades con las que por fin había logrado mitigar el desconsuelo interno que nunca se había atrevido a confesar, ni siquiera a las chicas de la pandilla, descolgó el teléfono de número desconocido que sonaba repetidamente y, a intervalos, durante la mañana. Su voz cansina, dispuesta a no dejar que le ofrecieran ni ventajas telefónicas ni monetarias, se quebró al escuchar su voz:

—Susana, ¿Cómo va? soy yo, espero que estés bien. Llegué hace unos días a Barcelona. Quería que lo supieras.

Al principio no supo qué decir, ni si llorar o reír. Tragó saliva varias veces, carraspeó, contó hasta que el nudo de su garganta se deshizo y atendió al que había sido, y seguía siendo, el amor imposible y secreto de su vida.

Iñaki volvió a Barcelona y se instaló en un vecindario nuevo, cerca de Susana, algo que ella celebró en la intimidad, sin atreverse a dar rienda suelta a sus deseos, aunque en sus sueños más secretos dejaba volar la imaginación.

Tras un efusivo reencuentro en el que todos trataron de evitar lo sucedido, tuvieron la falsa expectativa de que las cosas volverían a ser como antes. Pronto se dieron cuenta de que no iba a ser así. Iñaki se había vuelto huraño y escurridizo, y evitaba los encuentros habituales a los que siempre era invitado sin demasiadas esperanzas.

—No insisto más. Sé que no te gusta y respetaré tu decisión, sea la que sea.

—Gracias, eres un amor de amiga. Hoy trabajaré hasta tarde. Tengo tanta faena que no me la acabaría ni en siete vidas.

—Ya serán menos, exagerado. Piensa que ya es viernes.

—Te aseguro que sí. Además, prometieron contratar a dos becarios hace ya más de tres meses y no los hemos visto por ninguna parte. Así vamos, más por menos, ese parece ser el slogan de las empresas aquí. Pero no te entretengo más que ambos tenemos el tiempo muy justo. Por cierto, ¿sales esta noche?

La pregunta dejó descolocada a Susana, que ni por asomo se imaginaba que aquella cuestión fuera del interés del solitario Iñaki. Por alguna razón que desconocía, y haciéndose la interesante, contestó algo de lo que se arrepintió antes de terminar de decirlo:

—Pues la verdad es que he quedado... pero...

—No me hagas caso, no tenía que haber preguntado —pareció arrepentirse él—, que lo pases bien, te lo mereces.

—Qué dices tonto, puedo cambiar mis planes, yo...

—Ni se te ocurra —zanjó él sin dejar lugar a réplica—, la verdad es que en cuanto llegue del trabajo me meteré en la ducha, comeré cualquier cosa y me acostaré. Estoy rendido. Buenas noches. Un beso.

Susana se flageló una y otra vez recordando sus inoportunas palabras. Podía haber sido incluso más torpe, aunque era difícil, se repetía una y otra

vez. ¿Cuántas veces había tenido la oportunidad de tomar una copa a solas con él? Poquísimas, respondió en su mente recordando su «apoteósica» intervención. No quería parecer un alma solitaria, aunque esa fuera la definición más acorde con su «modus operandi» habitual. Del trabajo a casa y de casa al trabajo. Alguna quedada con los chicos de la pandilla y poca cosa más, por no decir ninguna. Esa era su vida social. Había tenido un par de intentos de algo parecido a una relación. Uno, con un asiduo de la biblioteca que frecuentaba y, otro, con uno de los clientes del restaurante al que a veces iba a almorzar. En ninguno de los casos se habían superado los tres encuentros. Las sensaciones que despertaban en ella sus pretendientes no tenían nada que ver con lo que debía de ocurrir en una cita con fines amorosos. Tampoco le importaba mucho. Aunque lo había intentado, su corazón latía por él sin poder evitarlo. Si ya era imposible cuando vivía Brenda, su alma gemela, ahora debía luchar contra un espíritu, algo que se le antojaba incluso más complicado.

La noche llegó acompañada de un frío que atenazaba las calles sorprendiendo a sus transeúntes. No recordaba haber visto anunciado un cambio tan brusco del tiempo. La pasividad con la que los árboles esperaban el inevitable momento de desnudarse, ante un nuevo otoño, se había adelantado a causa de la ventisca que había alborotado sus ramas, y había empezado a arrancar las primeras hojas que ahora corrían caprichosas de un lado al otro del paseo. Aunque todavía era septiembre, la temperatura había descendido notablemente y la oscuridad de la noche indicaba que los días volvían a ser más cortos. Era el paso del verano a la nueva estación otoñal, algo que Susana odiaba. Tanto como los fines de semana en los que no tenía previsto salir de casa y sus expectativas volvían a ser las mismas de siempre: la visita a unas galerías de arte, la novedad semanal en las salas de cine, junto a sus palomitas de colores y su refresco de cola, o visitar a sus padres a las afueras de la ciudad.

Tras una ducha reconfortante, se esmeró en hidratar su cuerpo con el nuevo *bodymilk* que había comprado, en secarse con esmero el cabello y en aplicarse una buena crema reparadora para su cutis. Parecía que se disponía a celebrar el viernes noche por todo lo alto, cuando los únicos que la esperaban en el comedor eran su chándal, un sándwich de jamón y queso, un postre de chocolate y la vieja versión de *La bella y la bestia*.

Eran casi las once de la noche cuando, de un respingo, saltó del sofá para atender la llamada que entraba en su móvil. Sorprendida y algo confusa al mismo tiempo, esperó a oír su voz al otro lado:

—¿Susana? ¿Estás ahí? He visto luz en una de las ventanas de tu piso y me preguntaba si... olvídalo. Seguro que no te has dado cuenta y te la has dejado encendida. Me dijiste que tenías una cita y yo...

Su voz sonaba extraña, más gruesa de lo habitual, y cada palabra que pronunciaba parecía empujada hacia la siguiente, atropellada, como si entre ellas no tuvieran espacio suficiente. Había bebido.

—¿Iñaki? —se apresuró a pronunciar aún sabiendo que era él, —bueno, al final la cita se ha anulado —mintió para no perder la dignidad—. ¿Te encuentras bien?

—De puta madre —afirmó haciendo énfasis en todas las letras—, lo bien que puede uno estar en estas circunstancias.

—Anda, sube. Te prepararé algo caliente.

Al cabo de unos minutos, Iñaki apareció en su puerta, apoyando el antebrazo en el marco, con una media sonrisa dibujada, el nudo de la corbata torcido y los ojos clavados en ella como si la estuviera viendo por primera vez. Susana, haciendo un esfuerzo por no abrazarse a él, se armó de naturalidad y lo invitó a entrar:

—Pasa, anda, que te veo más bien perjudicado —sonrió sin darle importancia.

—Gracias, no sabía dónde ir. Bueno sí, a mi casa. Quiero decir... a dónde ir que no estuviera solo.

—Pues aquí, qué mejor sitio. Deja, te ayudo con la americana —señaló acercándose a él por la espalda —síéntate. ¿Qué te apetece? Puedo prepararte algo para comer, o quizás un café, no sé...

Estaba nerviosa. La mirada de Iñaki era distinta a la de otras veces que lo había visto abatido desde su regreso. Odiaba a Brenda por haber existido, y la odiaba más incluso por haberse muerto. No podía evitarlo, y menos viéndolo a él en aquellas circunstancias.

—No, nada de comer. Solo quería beberme la última copa acompañado. Es muy triste volver a casa cada día sin que nadie te espere.

Las cosas empezaban a tomar el mismo cariz de siempre y, entonces, Susana decidió dar un giro a la escena y se armó de valor.

—Venga, pues no se hable más. ¿Te apetece un Puerto de Indias con

tónica y mucho hielo? Estaba esperando una buena ocasión para estrenarlo.

—Caray, cómo te las gastas. No sabía que tenías gustos tan especiales.

Susana se dirigió al mueble bar y, con la botella en la mano, se dirigió a la cocina. Al cabo de unos minutos salió de allí con las dos copas preparadas y algunos frutos secos para acompañar. Las dejó encima de la mesa auxiliar frente al sofá y le ofreció a Iñaki su bebida, antes de brindar:

—En realidad no sabes muchas cosas de mí —pronunció con un aire de misterio—. Por los gustos especiales y porque el fin de semana sea fantástico —sonrió alzando su copa sin darse cuenta que aquella no era la frase más oportuna.

—Que así sea —añadió él mirándola a los ojos mientras alzaba su copa.

Bebieron y charlaron durante un rato, y hasta fueron capaces de compartir algunas risas que llegaron de la mano de las anécdotas de siempre. Achispados, y después del segundo cóctel, Iñaki miró un par de veces el reloj e hizo el gesto torpe, dado el estado en el que se encontraba, de levantarse.

—Creo que ya está bien por hoy. Menos mal que no tengo que conducir —sonrió dejando la copa en la mesa—. Gracias por todo, eres una persona magnífica, siempre lo has sido.

—Según parece, los borrachos y los niños dicen siempre la verdad, así que tendré que creerte —devolvió ella disimulando una sonrisa que lo único que tapaba era la angustia que su marcha le provocaba.

Lo tenía más cerca que nunca, y más lejos de lo que se atrevía a imaginar. Era una sensación que oprimía su pecho y la dejaba sin respiración.

—Muchas gracias, de verdad —repitió dirigiéndose a la puerta—. Mañana te llamo, y si no tienes plan a la vista podríamos ir al cine.

—Claro, me parece muy bien —contestó Susana con una tímida sonrisa.

Con la mayor naturalidad de la que era capaz, se inclinó de puntillas hacia él buscando su mejilla. Era costumbre despedirse con dos besos; siempre lo había sido, y no tenía por qué ser de otro modo. Iñaki mantuvo su cara pegada a la de Susana, congelando la escena mientras aspiraba su aroma. Cerró los ojos y apretó la mandíbula queriendo retener lo que llegaba hasta su olfato. Ella, disimulando el estremecimiento que le causaba su contacto, se apresuró con el segundo beso, y volvió a ocurrir lo mismo. El sonido de la respiración agitada de él, tan cerca de su cuello, la alteraba en lo más profundo de su ser. Estaba enamorada de aquel hombre, siempre lo había estado.

—Hueles muy bien esta noche, y siempre... —oyó decir rozando con sus labios el lóbulo de su oreja—, estoy tan cansado...

Ella permaneció inmóvil. Su cuerpo se hallaba en tensión y apenas podía reaccionar. No recordaba haber estado tan cerca de él, a solas, aunque aquellas palabras... no podían ser otra cosa que fruto del alcohol, quiso convencerse para no desesperar. Nunca se había mostrado interesado por ella como mujer. Se armó de valor y se separó de Iñaki, enfrentándose a la situación con la osadía que pocas veces la caracterizaba:

—¿Tan cansado de qué? —lo interrogó para ganar tiempo y valorar cuál era en realidad la situación.

—De vivir en el pasado; de alimentarme de los recuerdos; de buscar sin encontrar algo que me haga sentir que sigo vivo...

Cada frase iba recortando la distancia entre sus labios y los de Susana, que permanecía hipnotizada ante unos ojos que la penetraban invitándola a entrar en la negrura de un abismo que se le antojaba infinito. Quererlo le causaba tanto dolor que nunca había llegado a plantearse ni la más mínima posibilidad. Perderlo siempre sería peor que no haberlo conseguido nunca. De repente, intentando controlar las imágenes en su cabeza, que asaltaban sus recuerdos libres y desordenadas, sintió la boca de él pegada a la suya buscando, con la calma de quien sacia su sed sin premura, la forma de enredarse entre su lengua. Un beso cálido y pausado; húmedo y templado que, con el ritmo acompasado de sus bocas, fue adquiriendo la urgencia del aquí y del ahora; del apremio; de lo imperioso. Segundos más tarde, despojados de todo lo que se interponía en su camino y entre sus cuerpos, y tras un reguero de prendas tiradas en el suelo que llevaba hasta el dormitorio de Susana, se amaron con vehemencia, dando rienda suelta a lo que cada uno de ellos necesitaba, aquella noche, del otro.

Refugiada entre sus brazos y sintiéndose la mujer más dichosa del mundo, se aferró a Iñaki, queriendo constatar una vez más que no estaba soñando y que aquello había pasado de verdad. Él, que parecía haberse dormido, se giró buscando una vez más sus labios, mientras estos se acompañaban de unas caricias que hábilmente recorrían su piel y todo su cuerpo, desde la espalda hasta las nalgas.

—Mi amor, mi vida...Brenda.

Como si de pronto aquel cuerpo fuera algo extraño, y en un acto casi reflejo, se separó bruscamente de Iñaki empujándolo de la cama hacia el

suelo. Él, que parecía haber despertado en ese momento, la miró extrañado mientras ella, presa de una angustia que le oprimía el pecho y la ahogaba, arrancó a llorar presionando su cara a la almohada.

—¿He hecho algo mal? —quiso saber, aturdido por la reacción e intentando consolarla sin resultado.

—No, la culpa es mía por haber... es igual. Quiero que te vayas. Quiero estar sola. Márchate, por favor.

Cada una de aquellas palabras eran cuchillas clavadas en su corazón y, sin embargo, había sido capaz de pronunciarlas. Él no la necesitaba a ella, sino a su esposa, a Brenda. Solo había utilizado su cuerpo, nada más. Había sido demasiado bello para ser verdad y el hechizo se había roto, quizás para siempre.

A la mañana siguiente, cuando despertó, estaba sola. Más sola que nunca. El llanto la había arrastrado al sueño y éste a una suma de pesadillas inconexas que era incapaz de recordar.

Pasó el día deambulando por la casa, en silencio, acompañada solo por el recuerdo de la experiencia más dulce y más amarga que había vivido nunca. Ignoró las insistentes llamadas al móvil del sábado y del domingo. Incluso, las veces que María, su mejor amiga, había llamado al timbre preocupada por la falta de señales de vida de Susana. No quería ver a nadie.

Pensó varias posibilidades y recordó algunas ofertas laborales que había desestimado; y tomó una decisión: dejaría el trabajo y hasta la ciudad si el ofrecimiento seguía en pie. No podría volver a mirarlo a la cara después de las caricias; de los abrazos; de los besos; de su cuerpo y del sexo más salvaje que ella había conocido jamás.

Amaneció el lunes y con él un cuadro de fiebre como no recordaba desde hacía mucho tiempo. Avisó en el trabajo y mintió diciendo que había enfermado estando fuera de Barcelona; la misma excusa que empleó con María y con el resto de quienes, habiéndose corrido la voz, se habían preocupado por ella durante el fin de semana.

Tras unos días en los que la fiebre había remitido casi al completo, se armó de valor y salió a comprar algo con lo que subsistir unos días más. Hacía frío y el otoño ya se había instalado en las calles. Tristeza y resignación. Así imaginó que iba a ser su vida a partir de ese momento. De repente, cabizbaja y completamente absorta en sus pensamientos, sintió cómo alguien frenaba sus pasos sujetándola por los hombros. Sin pensárselo dos

veces, levantando su puño izquierdo en modo protección y ataque, reaccionando tal y como había aprendido en las clases de defensa personal. Sin embargo, encontrárselo de frente, con una sonrisa que podía derretir el bloque de hielo más compacto, la desarmó.

—No pretendía asustarte. Y tampoco sabía que tu reacción iba a ser esta, casi me metes el puño en la boca. ¿Estás enferma? —preguntó acercándose más hasta ella, comprobando las ojeras y su mal color de cara—, tienes a todo el mundo preocupado.

¿Estaba hablándole como si nada hubiera pasado entre ellos? —se sorprendió, negándose a comprender una pregunta que, oída de sus labios y con aquella naturalidad, parecía como si acabaran de verse después de un picnic.

—No hay de qué alarmarse, una simple gripe. Si no te importa, tengo que acercarme a comprar algunas cosas. No me encuentro muy bien y si cojo frío será peor. Además, tú debes tener cosas que hacer... imagino.

—¿Estás enfadada conmigo? Pensé que lo que ocurrió la otra...

—¡La otra noche no ocurrió nada, que yo sepa! Asunto zanjado, y ahora, si me dejas seguir mi camino te lo agradeceré —pronunció con lágrimas en los ojos.

El se apartó, resignado ante una reacción que nunca había visto en ella, y la dejó ir. Ella, de camino a la compra, lloró desconsoladamente sin importarle nada ni nadie en aquel momento.

Fastidiada, miró su reloj y comprobó que eran poco más de las ocho y media de la noche y alguien había cerrado el portal con llave. Maldijo su suerte recordando que las suyas se encontraban en el llavero auxiliar que había dejado en el bolso habitual, y no el que llevaba cuando salía a comprar. Se dispuso a llamar a un vecino a través del telefonillo, cuando una mano pasó por encima de su hombro y se acercó hasta la cerradura.

—Sí, otra vez yo. Recordé que la tenía. Me diste copia de tus llaves cuando llegué aquí de nuevo, ¿recuerdas?

—Claro, cómo olvidarlo.

—No sé qué te ocurre, y si es conmigo. Para mí, el otro día fue...

—¿Un desahogo? —soltó escupiendo las palabras—, la idiotez me ciega en ocasiones, pero no te preocupes, que a fuerza de palos hasta yo, la ingenua de siempre, aprendo.

—No sé a dónde quieres llegar a parar con todo esto. De verdad que no hay quién te entienda. Yo pensaba que...

—Déjame, te lo ruego, no quiero volver a llorar. Estoy hecha un asco y tengo frío. Creo que me ha vuelto a subir la fiebre. La nombraste justo después de que hiciéramos el amor. No sé qué puede significar eso para ti. Para mí está muy claro. La buscabas a ella y te encontraste conmigo, como podías haberte tropezado con otra. Ya está, ya lo he dicho. Ahora ya sabes lo que me pasa, que no puedo luchar contra un fantasma ni al parecer tú puedes olvidarte de él.

—Estás siendo muy injusta conmigo. Incluso un poco cruel. Nunca he estado con ninguna mujer después de la muerte de Brenda. Tú has sido la primera, y lo hice consciente, aunque te parezca otra cosa. Me siento algo confuso, lo reconozco, pero me gustas mucho. Pienso en ella cada día de mi vida. No puedo negarlo, ni quiero dejar de hacerlo. Me ofreció unos años de felicidad que siempre vendrán conmigo. Y ahora debo aprender a caminar solo de nuevo y a reencontrarme con esa vida que me está esperando sin ella. No sé si puedes entenderlo. Te quiero mucho, y lo sabes.

—Genial. Todo aclarado. Quiero llegar a casa de una vez —aclaró impasible, alargándole la mano.

Iñaki le entregó las llaves y, con la derrota reflejada en la cara, dio media vuelta y se marchó.

Allí parecía acabarse la historia de amor más corta; la que si siquiera había empezado.

Durante las semanas siguientes y, habiendo aclarado con el resto de los amigos que tras la aceptación de una excedencia, su nuevo destino se hallaba en Salamanca, preparó todas sus cosas y se dispuso a realizar un cambio de vida en una ciudad en la que siempre había querido trabajar.

—Deja de ladrar o los vecinos volverán a dejarme otra nota bajo la puerta. Ains, qué chuchos más pesados —alargó la mano sujetando a Tuca por el collar antes de abrir la puerta.

Al observar a través de la mirilla abrió la boca y, sobrecogida, tiró de la puerta muy despacio.

—¿Muerde? —preguntó sonriendo—, lo digo porque por su tamaño

debería darme la vuelta y marcharme por donde he venido, siempre que no lo sueltes, claro.

—Sí, pero... quiero decir no... pasa, pasa —logró pronunciar al fin—. Tuca, es un amigo, así que pórtate bien y a tu cama —la advirtió acariciándola y dejando que se acercara al desconocido, con la intención de explorarlo—, es un trozo de pan, grande, pero muy mansa. Están adiestrándola, así que obedecerá mis órdenes sin rechistar.

—Pues no sabes cuánto me alegro. Esto es un...

—Labrador, sí. Una hembra, Tuca.

La presencia del animal había amortiguado la sorpresa de una visita tan inesperada, y confiaba en que la sensación que había experimentado al verlo no la hubiera traicionado. Estaba más guapo que nunca —pensó al observarlo mientras él se aproximaba a la mascota, queriéndosela ganar. Habían pasado más de seis meses de la última vez que se habían visto. Iñaki también notaba algo diferente en ella —pensó al darle los dos besos de rigor con los que, como buenos amigos, siempre se habían saludado.

—Pasa y siéntate. Ponte cómodo. Voy a dejarla en el jardín porque estaremos más tranquilos. Todavía es muy joven y lo único que quiere es jugar todo el día. Me tiene agotada y no he caminado más en toda mi vida.

—A mí no me importa que se quede aquí, de verdad —añadió él a modo de cortesía—, pues el deporte te sienta muy bien. No sé, te veo muy guapa.

—Tonterías, aunque gracias. Es verdad que he bajado de peso, y que me he cortado un poco el pelo, pero nada más. Pon un perro en tu vida y deja que se convierta en tu entrenador personal. Por lo demás sigo siendo la misma.

Durante el tiempo que tardó Susana en procurarle agua y alimento a Tuca, fuera en jardín, Iñaki la observó con detalle y sonrió. Era ella, pero se había transformado en otra mujer. Se conocían desde hacía más de dos décadas y, sin embargo, nunca había sabido apreciar su generosidad, su simpatía, su inteligencia... ni su belleza. Quizás porque las heridas habían empezado a curarse en su corazón y porque la providencia la había puesto alguna vez en su vida, estaba dispuesto a intentar algo que se le antojaba muy complicado, después de lo ocurrido aquella noche. Ella había cortado su relación con el grupo de Barcelona y no había viajado a la ciudad condal ni una sola vez desde su marcha. Temía haber llegado demasiado tarde, pero tenía que intentarlo.

—Ya está. Se quejará un rato, pero luego nos dejará tomarnos una copa en paz. Por cierto, no me has dicho para qué has venido hasta aquí. ¿Tienes alguna convención o algo parecido? —preguntó alejándose hacia la cocina—, traigo unas copas y me cuentas.

—La verdad es que sí —mintió—, un par de días, un encuentro internacional —improvisó aceptando la bebida que Susana le acababa de poner—, con mucho hielo, como a mí me gusta —sonrió brindando al aire con ella.

—¿Un par de días? Si mañana es sábado —interrogó extrañada.

—Cierto, cada vez hacen las cosas con menos acierto. No sé, me dije... si Susana dispone de unas horas libres y quiere acompañarme a conocer un poco la ciudad... —dejó caer mal disimulando un desinterés que no sentía.

Ella brindó de nuevo y tomó un trago largo. Se avecinaba tormenta.

—Si no tienes compromiso podemos salir a cenar algo, no sé... ¿Dónde te alojas?

—Si quieres que te diga la verdad ahora mismo no recuerdo el nombre del hotel. Creo que llevo una tarjeta —volvió a mentir disimulando que la buscaba entre los bolsillos de la chaqueta.

—No importa, era simple curiosidad. Y bien, ¿entonces quieres que te haga una pequeña ruta nocturna por la ciudad de las letras? Podremos ir hasta la plaza mayor, allí hay bastante ambiente y se come bien en cualquier sitio.

—Perfecto —contestó sonriendo.

Susana sonrió al escuchar aquellas palabras. Ninguna distancia, ni tiempo, podría borrar lo que aquel hombre le inspiraba pero allí, lejos de él, había conseguido cerrar una herida de la que lo único que creía que quedaba eran las cicatrices.

Cenaron y disfrutaron de algunas tapas típicas de la zona, regaron la conversación con un «Calixto joven», un vino de la tierra, fresco y frutal, que invitaba a una copa más. Transcurrieron algunas horas en las que no faltaron la buena charla, las viejas anécdotas y las risas cruzadas de ambos cuando, de repente, Susana miró su reloj y advirtió:

—¡Son más de las once! y tú tendrás que madrugar mañana, imagino. Mira que poner en sábado un evento laboral...

—Estoy pensándomelo, menudo tostón.

El interrogante se dibujó en el rostro de Susana que, tras carcajearse, le preguntó de nuevo:

—¿Con lo que tú eres, no vas a asistir? Mucho has debido cambiar en estos meses.

—Más de lo que crees —dejó caer Iñaki brindando con lo que quedaba en su copa—, venga, que la noche es joven y preferiría ver algo interesante, mejorando lo presente, claro —incluyó en una frase acompañada de un nuevo brindis.

Susana se ruborizó y él volvió a sonreírle, alargando su mano hasta la de ella. En un gesto reflejo quiso retirarla pero él la sujetó con fuerza. En ese momento apareció el camarero y, saldando la cuenta, salieron de allí.

—Te llevaré a un lugar al que me gusta ir de vez en cuando. No es que tenga nada en especial, bueno sí. Es un lugar tranquilo y muy evocador. El huerto de Calixto y Melibea. Un jardín precioso y con un toque romántico muy particular.

—De manera que un huerto... sí, había oído hablar de él. Interesante sin duda.

Llegaron a las inmediaciones del jardín. Empujaron la verja, y esta se abrió ante ellos. Caminaron durante unos minutos, dirigidos por los pasos de Susana, que permanecía en silencio, inquieta, pensativa, mirando hacia un lado y hacia otro traicionada por sus pensamientos. Absorta en un discurso interior que luchaba dentro de ella contradiciéndola, sintió una mano acercarse a la suya que la presionaba y la guiaba a girarse lentamente hacia él. Durante unos segundos, que se le antojaron eternos, se miraron muy fijamente hasta que Iñaki se aproximó acortando la distancia que los separaba. Sin mediar palabra abrazó delicadamente su cara entre las manos y se acercó muy despacio para besarla. Fue un beso intenso, lento, rítmico. Una declaración de intenciones en un lugar que invitaba al amor, como la propia leyenda que daba nombre a aquel entonces.

—Espero que no me rechaces, como hizo Melibea con su amado.

Ella lo miró, emocionada, sin poder evitar que las lágrimas empezaran a recorrer sus mejillas. Él besó su rostro una y otra vez, absorbiendo entre sus labios cada una de aquellas gotas de mar.

—No estoy segura de nada, no puedo creerte. Ya ocurrió una vez y podría volver a pasar. No lo soportaría. Acabaría como lo hizo...

Iñaki no la dejó terminar. La tomó fuertemente entre sus brazos y, en silencio, permanecieron unidos escuchando los sonidos de la noche en un lugar que, tal y como contaba la leyenda de aquel paraje, había sido testigo de

muchas más historias.

—¿Vamos para casa?

—Vamos, quiero contarte muchas cosas, y todos los planes que tengo... si tú quieres acompañarme.

—No tenías ninguna convención, ¿verdad?

Las risas de Iñaki y su mirada traviesa eran la respuesta. La vida la había hecho esperar mucho tiempo. Sin embargo, aquella noche, sentía cómo por primera vez, en aquel jardín, sus deseos podrían hacerse realidad.

—No me lo había tragado, que lo sepas.

—No esperaba menos de ti –contestó él besándola de nuevo–, en casa te contaré algunas otras cosas que me he dejado para el final.

FIN

SOBRE LA AUTORA

Pepa Fraile nació en Barcelona en 1965. Periodista de formación y escritora de corazón publicó su primera novela en el año 2013, Las siete verdades de Elena, ópera prima que tuvo una muy buena acogida entre lectores del género romántico y de suspense.

Desde entonces, los títulos que conforman su obra son El secreto de Amalia (2014), El nombre oculto de Casandra (2015) y El círculo de Alma (2016).

Así mismo, es autora de diversos relatos que forman parte de antologías solidarias y novelas multiator.

Todas ellas pueden consultarse y adquirirse en las principales plataformas de venta de libros.

Conoce más acerca de Pepa Fraile en:

www.pepafraile.com

@pepafraile